

Los cuatro compañeros vieron durante algunos minutos deslizarse tranquilo el batel por la superficie de las aguas.

Luego desapareció entre los grandes pliegues de vapor que formaban el ropaje de la Dama Blanca.



## POBRES NIÑAS!

Roberto de Blois, el marqués de Pontalés y sus dos compañeros subieron al castillo de Penhoel. Todos marchaban en silencio. De cuando en cuando se volvía uno de ellos, como á pesar suyo, para dirigir una mirada furtiva hácia donde se elevaba la Dama Blanca, iluminada por los rayos de la luna.

Parecía oír á lo lejos el ruidó sordo y siniestro de la cascada de Tremeulé.

En las malezas que cubrían toda la vertiente de la colina había un camino que conducía á la cabaña de Benito Haligan.



Los cuatro cómplices atravesaron ese camino á cincuenta pasos mas arriba de la pobre habitacion del anciano.

Oyeron á Benito Haligan que con voz trémula y cavernosa cantaba la oracion de los agonizantes.

Apretaron el paso.

Al llegar á la puerta del castillo se detuvo Roberto, levantando bruscamente la cabeza.

—¡Era necesario!... dijo en voz baja, y además, bien hecho está lo hecho. Repongámonos, señores, y no entremos en el castillo con estas fisonomías de duelo.

—Tiene razon, dijo Blas.

Macrocéfalo añadió:

—Nada se puede hacer con los hechos consumados.... Encargaré á la vieja Ivona, mi criada, que rece por ellas todas las tardes..... Y estoy convencido de que el señor marqués de Pontalés sacrificará gustoso una veintena de escudos para hacerles decir misas.

Pontalés enjugó el sudor que corría por su frente.

—¡Daré veinte luises á la iglesia de Glenac!... balbuceó, y cincuenta á la de Redon!... ciento á la de Rennes....

—Pues entonces, dijo sencillamente el abogado, si no se llegan á contentar con eso....

Roberto y Blas no pudieron contener una carcajada. La impresion lúgubre era una cosa olvidada ya y ninguno de los cuatro cómplices se arrepentia verdaderamente por cierto, por lo que no

les costó mucho trabajo recobrar su antigua y risueña serenidad, que tanto convenia y tan propia era de aquel dia de fiesta.

Se separaron con el objeto de entrar en el baile por diferentes puntos.

El baile se habia animado en el salon de césped. Todos tomaban la revancha con placer. Desquitábanse de la larga hora de aburrimiento que se habia soportado oyendo los gemidos de las tres gracias Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang. En el momento de terminar encuentra casi siempre el baile una alegría mas viva. En la ciudad redobla los compases y el ruido la orquesta; en el campo los bailarines hacen cabriolas, batiendo las palmas gritando.

Los músicos de Glenac tocaban como desesperados. Habian entonado el sonsonete interminable conocido bajo el nombre de *danza bretona*, en la que se pueden hacer hasta ciento cincuenta figuras, segun los inteligentes.

Bailarines y bailarinas entusiasmados por aquella música nacional saltaban con una especie de frenesí. Se mezclaban, se empujaban y caian sobre el césped lanzando sonoras carcajadas.

Era encantador.

Y los convidados de Penhoel no podian quejarse de ser abandonados por sus huéspedes. Es cierto que René no se habia presentado en toda la noche; pero Marta habia vuelto á aparecer llevando buenas noticias del Angel.



Entonces presidia ella la fiesta sentada junto á Juan de Penhoel.

Su rostro estaba aún muy pálido; pero el esfuerzo que hacia daba á sus facciones regulares y nobles una apariencia de regularidad.

Nada mas triste que la parte respetable de la asamblea. Aquellas damas y aquellos caballeros habian vuelto á ocupar su retirado rincon, presentando un aspecto cada vez mas desconsolador.

Los párpados de todos se bajaban impulsados por el peso del sueño.

El caballero adjunto y su señora, mad. Kerbichel, la viuda mad. Clara Lebinihic y los tres vizcondes permanecian bajo la impresion producida por los talentos de las tres gracias Babouin. Las tres gracias Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang miraban con rencor á los bailarines victoriosos sin poder ocultar su detestable humor.

Aria habia tenido en efecto poco éxito, Romanza habia dado algunos notabilísimos gallipavos y Cavatins, mas desgraciada aún que sus dos hermanas, al acabar la série de aullidos deplorables que dominaba su *pieza concertante*, habia podido advertir que el salon de césped se habia convertido en un desierto.

Solo su hermano Numa la habia escuchado hasta el fin como era su riguroso deber.

En esta disposicion la galería estaba un poco menos locuaz que momentos antes, pero tambien era

su veneno mas excesivo y mas acre; cada palabra era una mordedura.

Pasábase de los grandes á los pequeños, todos tenian su parte; se asesinaba á los que se habia despreciado al comenzar la noche.

En aquel momento la sociedad calumniaba ligeramente. Pasaba de uno á otro, prodigando á Lola, por ejemplo, que se distraía con el jóven Pontalés, epítetos estremadamente característicos, desgarrando un poco á Penhoel, ausente, y aventurando sobre la Señora hipótesis ante las que hubiera seguramente retrocedido una murmuracion insolente.

En seguida se pasaba al Angel para ir á caer sobre alguna de las parejas que bailaban la danza bretona.

Luego se preguntaba cuál era la vida que observaban las dos hijas del tio Juan, Elena y Dianal que hacia mas de dos horas se habian ausentado de aquel lugar.

Esto seguramente era muy significativo. Casi a mismo tiempo que ellas se habia visto desaparecer á los dos vagabundos Roger y Enrique.

Las tres gracias Babouin cambiaron con este motivo con la esposa del caballero adjunto, mad. Kerbichel, observaciones de una filosofía tan excesiva, que el esposo de la última y los tres vizcondes estaban poco menos que para ruborizarse.

Una cosa estraña era que esos dos muchachos Enrique y Roger hubiesen vuelto sin las dos niñas. La Romanza explicaba esto diciendo que aquellas



señoritas habían debido ajar mucho sus tocados durante dos horas de paseo.

—¡Y desplanchar sus cofias! añadió la Aria.

La agría Cavatina se sonreía maliciosamente.

Y la caritativa asamblea se dejaba arrancar algunos entusiastas aplausos.

Enrique y Roger habían entrado juntos en el baile casi al mismo tiempo que Roberto de Blois, el marqués de Pontalés y Macrocéfalo.

Mientras que estos últimos afectaban saludar al paso como gentes á quien hace mucho tiempo que no se las ve, Enrique y Roger recorrían con miradas tristes los grupos animados de bailarines.

Su revista se había prolongado inútilmente, y al volver al salon de césped tenían la esperanza de encontrar en él á Elena y Diana.

—Tampoco están aquí, dijo lanzando un suspiro Roger. ¡Dos horas de ausencia en un baile!...

La fisonomía de Enrique era triste y pensativa.

—Ya no las volveremos á ver esta noche, murmuró, y es forzoso que esté en Redon mañana al despuntar el día; no podré despedirme de ellas.... ¿Quieres encargarte para con ellas de mi último encargo?

—Antes de partir, replicó Roger, puedes verla aún.

El jóven pintor movió la cabeza.

—Sería un momento cruel, dijo: las horas de reposo son para ellas cortas y raras; ¿por qué turbárselo? Y además, tal vez fuese débil en el momento

de la separacion. Roger, cuando la veas le dirás que la amo, que nunca amaré á otra mujer mas que á ella, y que quisiera verla muy feliz aun cuando fuese á costa de mi felicidad.

Su voz temblaba; habia en su acento una sensibilidad profunda que hacia contraste con sus modales y la continua alegría de su filosofía parisiense.

Roger le estrechó la mano.

—Le diré que eres el mas leal que hay en el universo, respondió; le diré que tal vez tienes la fortuna en el pelo de tus pinceles, y que si Dios quiere bendecir tu trabajo, volverás á Bretaña con objeto de darle tu mano y hacerla tu mujer.

—Gracias, murmuró.

Los ojos de Enrique estaban húmedos.

—¡Somos jóvenes!... prosiguió Roger con voz conmovida, y Dios es bueno; tal vez nos veamos algun día juntos y felices!...

Mientras hablaban así, recorrían el baile Pontalés, Roberto y el abogado, sosteniendo su papel de alegría forzada.

Blas servia refrescos con el objeto de hacerse presente.

En el momento en que Roger pronunciaba estas últimas palabras, llenas de esperanza, sonriendo y confiando en el porvenir, se dejó ver detrás á algunos pasos la fisonomía de Bibandier.

El estenuado rostro del bandido estaba cubierto de palidez; giraban sus ojos estraviados, y sus cabellos confusos se le erizaban sobre el cráneo.



Los dos jóvenes no lo veían; por el contrario, los cómplices que acechaban su llegada le apercibieron todos á la vez.

La sonrisa contraída de Roberto y de Pontalés se heló sobre sus labios.

Macrocéfalo hubiera querido huir, y Blas se vió precisado á dejar en una mesa la bandeja que tenían sus manos.

Parecía á todos que todos los concurrentes veían claramente su turbación, adivinando lo que significaba la aparición de aquel rostro lívido del bandido que se mostraba á medias detrás de una de las puertas del salón de césped.

Esta aparición no duró sin embargo mas que un instante. Cuando los cuatro cómplices se atrevieron á dirigir hácia la puerta la segunda mirada, había desaparecido Bibandier.

Siguió una de las desiertas calles de árboles del jardín, dirigiéndose á la aventura á una plazuela desierta.

Al pasar sin saber lo que hacía, apagó los faros de colores como si la luz hubiese herido sus ojos.

Reinó la oscuridad mas completa en el sitio donde se había detenido Bibandier.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

Apenas había trascurrido un minuto cuando llegaron sus cómplices uno despues del otro.

Ninguno se atrevía á preguntar el primero.

—¡Y bien!... dijo Bibandier con voz apagada; ¿no me preguntais nada de mi historia?

Había algo de solemne y extraño en la emoción suprema de aquel bandido sin corazón, que había conservado por tanto tiempo delante del crimen su fría y cínica alegría.

En aquel momento temblaba todo su cuerpo y parecía pronto á desfallecer.

—¿Qué os ha sucedido? preguntó al fin Roberto.

Bibandier se apoyó vacilante en el enramado de la plazuela.

—¡Han muerto! dijo... Las dos eran muy hermosas!... pero sin embargo, han muerto!

—¿Y nadie os ha visto? preguntó Macrocéfalo.

—¡Muertas!... repitió el bandido, que ocultó la cabeza entre sus manos: mientras cantaba conduciéndolas hácia la Dama Blanca, me miraban las dos con sus dulces y angelicales ojos... Aun estoy viendo... replicó estremeciéndose, sus bellos y delicados cuerpos tendidos en el fondo del batel! Se detuvo.

Le faltaba la voz.

Los cuatro cómplices le escuchaban inmóviles; un sudor frío inundaba sus frentes.

—¿No ha preguntado alguno, añadió sin levantar la cabeza, si se me había visto?

—¡Yol!... balbuceó Le-Hivain.

—Un hombre me ha visto... respondió Bibandier... y ha visto también cuántos érais vosotros.

—¿Quién es ese hombre? preguntaron los cuatro cómplices, confundiendo sus voces en una sola.



Bibandier guardó silencio.

Luego prosiguió como hablándose á sí mismo:

—Lo habia prometido y era preciso concluir! Cuando levanté á la primera en mis brazos, se agitó la otra en el fondo del batel y vi llenarse de lágrimas sus grandes y hermosos ojos..... No podian hablar, pero se buscaban sus miradas.... ¡Tuve lástima!.... aproximé sus dos rostros y sus bocas pudieron unirse por última vez.... Luego les até al cuello las dos piedras que Mr. Le-Hivain me habia dado .....

Al día siguiente por la mañana vió una solemnidad la aldea de Glenac. Era una funcion de muy opuesto género á la precedente.

La iglesia estaba toda ella colgada de negro, y los aldeanos que hemos visto reunidos en la pradera en torno de los fuegos artificiales de San Luis, se escalonaban tristes y silenciosos en el cementerio.

Acabábase de decir la misa de difuntos sobre dos féretros rodeados de velas blancas y adornados con esas frescas flores que se echan como último adorno sobre la tumba de las vírgenes.

Allí hubiéramos encontrado á todos los convidados del castillo; pero la familia no estaba representada mas que por uno solo de sus individuos, por el anciano tío Juan, sin embargo de que el nombre de Penhoel hubiese sido repetido dos veces en la oración fúnebre.

Los féretros llenos de flores contenian los cuerpos de Diana y Elena.

René, la Señora y el Augel no habian asistido á la misa fúnebre.

Lo que todavía habia causado mas sorpresa, habia sido no ver á Roger de Launoy ni al jóven pintor Enrique al lado del tío de las albarcas.

Enrique y Roger estaban en aquel momento muy lejos de la aldea de Glenac. Ambos ignoraban los acontecimientos de la noche de San Luis.

He aquí lo que habia sucedido.

Al despuntar el día, algunas horas despues de terminado el baile, habian bajado la escalera del castillo con objeto de seguir el camino de Redon.

Roger conducia á su amigo.

Al pasar bajo las ventanas de las dos jóvenes se detuvo Enrique y Roger llamó á Elena y Diana por sus nombres muchas veces.

No obtuvo respuesta.

—Están durmiendo, dijo Enrique, que colocó sobre sus hombros su paquete de viaje y partió á pasos precipitados.

—¡Escucha! Ese Roberto te detesta casi tanto como á mí y Penhoel no es ya dueño de su voluntad. Si te ves obligado á abandonar el castillo algun día, acuérdate de que soy tu hermano, y de que mi casa y bolsillo, tan pobres y pequeños como sean, serán siempre lo suficiente para albergarnos.



El carruaje partió para Rennes y Roger se quedó solo.

Las últimas palabras de su amigo escitaban en él vagos temores; pero sin embargo, estaba muy lejos de pensar que se viera nunca reducido á aceptar la hospitalidad ofrecida por su amigo.

Como entrara en la posada de maese Geraud para almorzar, le entregó éste una carta que para él acababa de llegar del castillo.

La carta estaba escrita por Mr. Roberto; René de Penhoel habia puesto su firma debajo.

Esto se habia hecho aquella misma mañana. Roberto parecia haberse aprovechado de la corta ausencia del jóven para dar este golpe con mas facilidad.

En algunas frases secas y respirando desprecio, se decia á Roger en sustancia que llegaba á la edad de hombre, que los viajes formaban á la juventud, y que daba compasion verle crecer lejos de la sociedad sepultado en la aldea de Glenac.

Roger leia esto con el rostro encendido. La fórmula de esta despedida la hacia mas cruel aún.

Verse despedido y con desprecio, él, el hijo adoptivo cuya infancia habia sido rodeada de ternura, él, á quien por tantos años se habia amado!

¡Ay! los presentimientos de Enrique se realizaban demasiado pronto.

Roger no dudó; tenia arrogante, el corazon y el nombre de Penhoel se veia al final de la carta. Era forzoso partir; pero Elena....

Antes de abandonar para siempre el país, su primera idea fué volver al castillo con objeto de despedirse de su pobre niña, cuyo amor llevaba consigo. Pero el temor de hallarse frente á frente con el señor de Penhoel lo detuvo.

Encerróse en una habitacion del Carnero Coronado y se puso á escribir.

El papel en que corria su pluma fué mojado mas de una vez con sus lágrimas, y sin embargo, se advertia alguna esperanza entre sus desoladas frases, porque era jóven y estaba lleno de valor.

Hablaba por él y Enrique, cuyas despedidas no le era posible hacer de viva voz; decia á las dos hermanas: Os amamos, trabajaremos y volveremos....

Maese Geraud fué el encargado de llevar la carta, que las dos pobres niñas no debian leer. ¡Ay! y Roger montó á caballo para correr tras el carruaje de Rennes.

En lugar de entregar su mensaje el buen posadero se arrodilló delante de la iglesia de Glenac, pidiendo á Dios por el alma de las dos pobres niñas muertas.

En la ausencia del señor de Pontalés y de la Señora, representaban á la familia en calidad de amigos el marqués de Pontalés y Roberto de Blois, porque el pobre tio Juan, destrozado por su inmenso dolor, estaba incapaz de ocuparse de nada.

Preciso es reconocerlo; en estas circunstancias



habían demostrado á la familia la mas solícita amistad el marqués de Pontalés, Roberto de Blois y Mr. Le-Hivain.

Ninguna persona había, ni aun el enterrador de la parroquia, el pobre Bibandier, que no hubiese dado pruebas de un afecto y respeto infinitos.

Las dos jóvenes se habían ahogado en los pantanos sin que á punto fijo se supiera cómo. Las circunstancias de su fin estaban rodeadas de un vago misterio. Decíase únicamente que habiendo querido atravesar el Onst en un frágil batel, habían sido arrastradas por la corriente á la Dama Blanca.

El enterrador Bibandier se había encontrado á la mañana siguiente los despojos del barquichuelo, y él había sido el que dió la primera noticia de la desgracia.

Después de un dia entero de infructuosas averiguaciones, Pontalés, Mr. Protasio Le-Hivain, Roberto de Blois y su criado Blas habían permanecido solos en el supuesto lugar de la catástrofe con el enterrador Bibandier.

Este último, se decía, había pasado toda la noche en las cercanías de la cascada, concluyendo por sacar los dos cuerpos.

Al menos á la mañana siguiente se habían encontrado á la puerta de la iglesia dos féretros ya cerrados.

El cura era un primo de Mr. de Pontalés.

Además, nadie pensaba en suponer aquello una farsa; la desgracia era demasiado evidente. Todos lloraban, rezando en torno de aquellos dos pobres ataúdes, que tan pronto iba á cubrir la tierra.

Si alguna duda había entre la multitud, muda y consternada, no era acerca de la muerte sino sobre las circunstancias que la habían acompañado.

Elena y Diana sabían conducir una barca por el rio tan bien como el mejor pescador del Norte. Eran hábiles nadadoras.... ¿y cómo entonces no concebir sospechas?

Mas de una mirada desconfiada se fijaba á hurtadillas sobre Pontalés y Roberto.

Tal vez hubiera bastado una sola palabra para cambiar el dolor profundo en cólera, y entonces ¡ay de los asesinos! Pero esa palabra no era pronunciada por nadie.

No había prueba ninguna y el crimen no podía leerse ciertamente en las tranquilas fisonomías del marqués y de Mr. de Blois.

La impresion de horror producida por la escena nocturna de Pot-Corbeau había tenido ya tiempo de borrarse. En suma, este asesinato era necesario, y si temblaban aún al recordar los terribles detalles de su crimen, en cambio se lo aplaudían.

La alegría compensaba los remordimientos.

Estaban allí reemplazando á la familia: los aldeanos podían ver en sus fisonomías, hábilmente



arregladas, una tristeza tranquila y reconcentrada.

Las sospechas cesaban entonces: además, los aldeanos que no recitaban la oración fúnebre estaban ocupados en hablar de la catástrofe y de las pobres niñas, que habían visto la víspera tan jóvenes y bellas abrir el baile de la fiesta de San Luis.

Hombres y mujeres cuchicheaban á la puerta de la iglesia, y como es costumbre entre las buenas gentes de la Bretaña, procuraba cada uno coordinar en sus memorias un presagio de esta muerte funesta.

—¡El anciano Benito lo había dicho!... murmuraban: nadie le quería creer cuando repetidas veces decía que las niñas de Penhoel se transformarían en tres Hijas de la Luna antes del día de su muerte....

He aquí que ya son dos.

—Y la señorita Blanca esta muy enferma.

—¡Ya volverán las pobres niñas! replicaba una aldeana dando vueltas entre sus manos á un pañuelo.

Una voz sobresaltada se elevó en medio del grupo y dijo:

—¡Ya han vuelto!

Todos se estremecieron.

El que había hablado era el chicuelo Francin. Estaba trémulo y convulsivo.

—Sí, sí, prosiguió bajando los ojos; yo soy el

primero que ha dicho el *De profundis* por la salvación de sus almas..... porque esta noche las he visto..... y he conocido muy bien que estaban muertas.

Maese Geraud atravesó la apiñada multitud cogiendo al niño por el brazo.

—¿Las has visto? balbuceó.

El aldeanito temblaba.

—Esta mañana, una hora antes de que despuntase el alba, dijo.... Iba hacia los pantanos á buscar nuestros caballos, cuando ví una cosa blanca que se movía al pié de los sauces en que se amarra la barca de Port-Corbeau. Tuve mucho miedo, pero me acordé al momento de las dos señoritas.... ¡Oh! las reconocí muy bien.... Llevaban los mismos trajes que la noche del baile.... Estaban las dos arrodilladas al pié del árbol, y hasta me pareció que cavaban la tierra....

Hice ruido al escaparme, y cuando volví otra vez para ver si estaban, habían desaparecido....

Entonábase el último himno bajo la puerta de la iglesia. Calláronse los aldeanos, mezclando sus conmovidas voces á las de los sacerdotes.

La *sociedad*, que durante el servicio fúnebre había ocupado el sitio de honor delante del altar, salía en aquel momento; la sociedad hablaba allí como en el salón de céspe.

—¡Pobres y queridas niñas!.... gemía la mayor de las tres gracias Babouin: ¡quién hubiera pensado esto nunca!....



Enjugó una lágrima enteramente fingida.

—¡Lo que somos!... suspiraba Romanza.

Mad. la viuda Clara Lebinihic miraba con el estremo del ojo á los tres vizcondes para probar el efecto producido por su tocado de duelo.

—Señoras, dijo gravemente el caballero agregado de Kerbichel, esa es la ley comun.

Numa observó:

—El pobre en su cabaña está sujeto á sus leyes.

El caballero agregado lo interrumpió:

—Y los guardias que custodian las barreras del Louvre no libran de ellas á nuestros reyes.

—¡Ah! murmuró Cavatina; los hombres no tienen corazon.... En lugar de llorar como nosotras las mujeres, citan pasajes de Bossuet ó de Voltaire.

La puerta de la iglesia se abrió y salió el cortejo escoltado por las jóvenes de la aldea. Delante de los féretros marchaban las bailarinas de la fiesta de San Luis, adornadas aún con sus trajes blancos.

El tio Juan, sostenido por el padre Chauvette, seguia el cortejo, así como Pontalés, Roberto, Mr. Le-Hivain y Blas.

—Prestadme vuestro pomo, mi querida señorita, dijo la esposa del caballero agregado á Eglantine Babouin-des-Roseaux-de-l'Étaug; temo que me voy á poner mala.

—Mi querida señora, replicó Romanza, es preciso tener alguna filosofia.... Bien sabe Dios que tanto mis hermanas como yo queriamos á esas des-

graciadas ninas como nadie; pero ahora han desaparecido de la tierra y es preciso no dejarse vencer por la desesperacion.

—Además, replicó la Cavatina exhalando un profundo suspiro, ¿á qué sentir la vida por ellas?

Toda la parte femenina de la sociedad lanzó un fuerte suspiro.

—¡Ay! replicó la Romanza; no eran felices!... Esa es la razon porque no me he incomodado como hubiera debido hacerlo cuando se me ha hablado de suicidio.

La Romanza pronunció estas últimas palabras discretamente y lo suficiente alto para que todos pudieran oirlo.

—¡Oh, señorita!... exclamaron los vizcondes.

Mad. la viuda Clara Lebinihic y la esposa del caballero agregado abrian los ojos y los oidos para escuchar estas murmuraciones de buen gusto.

La Romanza bajó mas la voz, levantando sus ojos al cielo.

—Yo no tenia conocimiento de nada, dijo; pero se ha dicho que cuando las jóvenes han sido engañadas...

—Eso está sucediendo diariamente! interrumpió mad. Clara Lebinihic.

—¡Y observad!... prosiguió la Romanza, observad si Roger y ese vagabundo de Enrique se han atrevido á presentarse en el entierro.

Buscóse entre la multitud á los dos jóvenes.



—Es verdad, dijo uno de los vizcondes; no había reparado eso.

Y en la imaginación de cada uno fué calumniada la memoria de las dos hijas del tío Juan.

El cortejo llegó á la puerta del cementerio en que se hallaban las sepulturas de Penhoel. Las tres gracias Babouin quedaron en silencio, contentas sobremanera por haber echado algunas flores sobre aquellas pobres tumbas.

El aspecto del cementerio era triste y silencioso: los cánticos habían callado.

Los aldeanos, mudos y con el rosario en la mano, se situaban á los lados de las dos huesas abiertas.

Bibandier ocupaba su puesto de enterrador.

En el momento en que estendía la mano para poner el primer ataúd en el suelo, fué sujetado de prouito por un brazo que le hizo retroceder.

Al mismo tiempo un clamor sordo mezclado de sorpresa y terror se elevó del círculo de las buenas gentes.

Entre el enterrador y las dos huesas acababa de elevarse un fantasma que se ignoraba de dónde había salido, y cuya estatura era desmesurada por falta de carnes: era un espectro.

Luego dominó la multitud un nombre.

—¡Benito Haligan!... decían; ¡Benito el brujo

Era tan extraño verle en aquel lugar, como lo hubiera sido ver salir de las entrañas de la tierra un espectro.

¿Cómo había dejado el lecho en que hacia meses soportaba su agonía? ¿Qué fuerza misteriosa le había ayudado á subir la colina?

Todos le miraban estupefactos.

Benito permanecía derecho junto á las dos huesas. Sus fijas miradas se clavaron sobre Bibandier, que volvió la cabeza, y luego sobre Pontalés, Roberto de Blois, Mr. Le-Hivain y Blas, que no pudieron menos de bajar los ojos.

Después de algunos momentos de silencio encorvó lentamente su elevada estatura el anciano barquero y tomó á peso los dos ataúdes uno después de otro.

Luego que hubo terminado esta operación, vióse vagar por sus ajados lábios una especie de sonrisa.

—Dios tenga piedad de los que viven y de los que han muerto, dijo cruzando los brazos sobre su pecho.

Saludó á Juan de Penhoel, llamándole por su nombre, y salió del cementerio. La muchedumbre se apresuró á abrirle un ancho camino.

Al bajar la montaña vacilaban sus debilitadas piernas bajo el peso de su cuerpo, pero no se detuvo. No cesó de andar hasta que llegó á la orilla del Oust al pié del sauce á que estaba amarrada la barca.

Una vez allí, se arrodilló, acercando su cabeza á la tierra, que parecia haber sido movida recientemente.



Sus arrugadas y trémulas manos se juntaron, y se dejó caer estenuado por la fatiga sobre la yerba, murmurando:

—Protéjanlas Dios y la Virgen.....

La fiesta fúnebre había terminado en el cementerio, y Bibandier acabando su oficio de enterrador, cubría con tierra las tumbas de Diana y Elena.

Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:

—Después de algunos momentos de silencio, Bibandier se levantó y dijo:



### DOS TUMBAS.

El sonido metálico y brillante del gran péndulo del salón, que daba lentamente las nueve, se oía hasta en la habitación del Angel.

Era la noche de la misa fúnebre dicha en la parroquia de Glenac por las almas de Diana y Elena de Penhoel.

La víspera en aquel mismo momento hubiera podido sonar la gran péndula por espacio de un cuarto de hora sin que nadie lo hubiera advertido, en medio del ruido y de la algazara de la fiesta. Pero los huéspedes que habían acudido en busca del placer al castillo, habían huido ante aquel duelo que